

Pensativa crucé por la ribera,
 Pensativa, no sola;
 Conmigo ib el poeta que invocara
 Sus náyades hermosas;
 El que al hender los mares del Oriente
 Con atrevida prora,
 Fué Colón del espíritu, y un mundo
 Nos lega en sus estrofas.
 ¡Cómo inflamaban los divinos versos
 Mi fantasía loca!
 ¡De la epopeya la sublime musa
 Cómo cantó sonora!
 Pensé ver en galeras lusitanas
 Hervir las sacras ondas,
 Y brillar, del poniente en los reflejos,
 El numen de la gloria.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA FUENTE Y LA MARIPOSA.

Sobre el cristal de una fuente
 Una rosa se inclinaba,
 Y en la linfa contemplándose
 Y haciendo espejo del agua,
 Su propia imagen veía
 De sí propia enamorada.

En esto, con giros rápidos,
 Una mariposa cándida
 Llegó al borde de la fuente,
 Y recogiendo sus alas,
 Paró su vuelo un instante
 Caprichosa ó fatigada.

Vió mecerse las dos rosas
 Entre los soplos del aura,
 La del rosal verdadero,
 La que el cristal imitaba,

Y escogiendo la fingida
 Para centro de sus ansias,
 Dirigió su alegre vuelo
 A la cristalina taza,
 Hundiendo en líquida tumba
 Su cuerpecillo y sus alas,
 El tul que las trasparenta
 Y el iris que las esmalta.

¡Ay del que busca ilusiones
 Y realidades aparta!
 Será cual la mariposa
 Aturdida de esta fábula,
 Que se hundirá en el abismo
 De la mentira y la nada.
 ¡Por cada rosa de arriba
 Hay otra que finge el agua!

JOSÉ EQUEGARAY.

Á UNA NIÑA.

¿No has visto, tierna niña,
 Por la mañana,
 Cuán hermosa se ostenta
 La flor lozana,
 Y por la noche
 No has visto cómo cierra
 Su lindo broche?

Así las ilusiones
 Que el alma abriga,
 Como esas bellas flores
 Son, tierna amiga;
 Dulces y bellas,
 Mas con los desengaños
 Mueren como ellas.

Hoy que en tu pecho tierno
 Gratas y hermosas
 Brotan las ilusiones
 Como las rosas,
 Oye el consejo
 De un verdadero amigo
 Aunque no es viejo.

Cuando sientas en tu alma
 Que brota ardiente
 Ese fuego que abrasa
 La mustia frente,
 Y que aumentando
 Hace que esté nuestra alma
 Siempre soñando,

No te entregues ¡oh! niña!
 Incauta y pura
 A ese mar de ilusiones
 Y de amargura!
 Mira en mi pecho
 Las profundas heridas
 Que ellas han hecho.

Es un mar borrascoso
 Donde nuestra alma,
 ¡Ay! pierde para siempre
 Su paz, su calma;
 Mar desgraciado
 Donde todos los hombres
 Han naufragado.

Es hondo precipicio
 Cuya pendiente
 Arrastra hasta su fondo
 Al que imprudente,
 Sin arredrarse,
 Al borde del abismo
 Quiere asomarse.

Es cierto que cual flores
 Las ilusiones
 Enbrigan con su aroma
 Los corazones:
 Pero, como ellas,
 Tienen duras espinas
 Aunque son bellas.

Prudente y cautelosa,
 Niña querida,
 Detén tu leve planta,
 No sea herida.
 Y aunque son bellos
 Tan fugaces ensueños,
 Huye de ellos.

Conserva esa inocencia
 Hija del cielo,
 Consérvala en tu pecho
 Con dulce anhelo.
 Oh niña hermosa!
 Consérvala si quieres
 Verte dichosa.

Mañana que atraveses
 Los quince abrilés,
 Y te proclamen reina
 De los pensiles,
 Trae á tu mente
 Mis palabras de vida,
 Niña inocente.

Lagos, Agosto de 1886.

No deslumbrar te dejes,
 Niña hechicera,
 Por esa pompa vana
 Tan pasajera.
 Son esas galas
 Oro que mariposa
 Lleva en sus alas;

Humo que se disipa
 Con solo el viento;
 Flor que pierde su aroma
 En un momento,
 Y de la aurora,
 Es gota de rocío
 Que se evapora.

Medita, tierna niña,
 Lo que te digo,
 Mira que son consejos
 De un buen amigo;
 Si los sigüeres,
 Ya verás en la vida
 Qué feliz eres.

RAMÓN H. HUARTE.

MIEL Y CALABAZA.

I

Luz de mi corazón, fe y sentimiento
 Que en el cielo de amor se me aparece;
 Imagen de la aurora, que se mece
 Coronando la faz del firmamento.

Eres, Luz, la sonrisa y el aliento,
 La mágica ilusión que flota y crece,
 Espíritu del bien, que resplandece
 Alzando á la esperanza un monumento!

Luz del cielo, Luz bella y resfulgente
 Por mi lóbrega noche aparecida;
 Inmortal aureola de mi frente;

Amor y porvenir! Grato presente.
 Que á la vez de ser gloria, eres la egila
 Y el tesoro más pingüe de mi vida!

II

Con qué felicidad te contemplaba
 Correr por el tapiz de la pradera!....
 Hermosa como el sol de primavera
 Bajo tu luz de oro me extasiaba.

Me quisiste, te quise, te adoraba
 Cual idolo de fe imperecedera;
 Pero fuiste tan...vil y tan rastrera
 Que aceptaste al infiel que te engañaba.

Ay!.... Bendigo, mujer, aquella hora
 Que fué mi torcedor, mi desencanto;
 Que es mejor extrañarte por traidora

Que tenerte á despecho del quebranto;
 Prefero verme así, que al fin del cuento
 También me abandonó mi sentimiento!

Achutla, Agosto de 1886.

ANTONIO ESCANDÓN.

¡NO LO QUIERO!

Cuando un día te juré
 De mi pecho la pasión,
 En prenda de eterna fe
 Me entregaste el corazón.

Hoy al ver tu olvido artero
 La prenda te restituyo;
 ¡Tómala! ¿Para qué quiero
 Un corazón como el tuyo?

CARLOS CASO.